

Entrevista grabada con Jesús Yanez Pelletier, verano 1996.

Las preguntas que nos dió el amigo doctor Antonio de la Cova sobre mi participación, o sobre lo que tuve yo que ver con los sucesos del Moncada. Trataremos de ser lo más exacto posible en nuestros recuerdos, y trataremos sobre todo, frente al trabajo que está haciendo un historiador serio, sobre todo de lo que yo vi allí, fue exactamente lo que sucedió, despojado de las pasiones, despojado de los intereses, despojado de todo lo que pueda atarme a la condición que todo ser humano tiene de apasionarse sobre algunas cosas. Yo no quiero que esta conversación mía, que estoy grabando en mi propia voz, sea una cosa más sobre lo del Moncada, sino que quiero que sea la vivencia que yo tuve aquel día ya lejano del 26 de julio de 1953.

Vamos ahora a contestar las preguntas que me ha hecho el doctor de la Cova y repito, trataré de ser lo más fiel posible a mi memoria porque creo que la historia, cuando uno la va a escribir, tiene que despojarse de todo, incluso de la propia ropa. Habría que escribir, sentarse a hablar de la historia desnudo para que no haya nada que lo ate a uno. Manos a la obra.

Me pregunta, doctor, cuando nací y donde. Nací, nací, el 21 de mayo de 1917 hace ya, o va a ser el próximo año, será mi octogenario, mi año de, cumpliré ochenta años. El 21 de mayo de 1917, a las nueve y quince minutos de la noche, según me contó mi propia madre. De una familia de lo que los comunistas hoy llaman pequeña burguesía. Nací en el pueblo de Cárdenas, de donde eran oriundos mis padres, los dos, en la provincia de Matanzas. Mi nombre de bautismo fue Jesús José Secundino Yanez, escrito con Y y terminado con Z, y Pelletier. Pelletier, un apellido que me venía de mi madre, porque mis antecesores maternos fueron franceses. Y por la parte de mi padre, tenía que haber sido mi apellido chino pero por imperativos de la vida de aquellos años de antes de la colonia cuando los españoles, los extranjeros no podían comprar centrales azucareros, y mi abuelo, que parece que era un chino que llegó a Cuba e hizo algún dinero, quería comprar un central azucarero y, pues, consiguió una cédula española y se inscribió como español con un amigo que tenía, porque siempre que se ha tenido amigos se ha podido hacer cosas, y en aquella época también se podían hacer. En fin, mi abuelo compró cerca de ahí de Corralillo un pequeño ingenio que se llamaba San Pablo, que ya hoy no existe porque fue quemado durante la invasión, y tuvimos esa cosa hasta que mi abuelo murió. Él murió antes que terminara la guerra. También por la parte de mi madre, encontrando después que murió mi madre, y mi tío y primo Jorge y mi tía abuela Concepción, lei y he visto papeles que en esos antecesores míos franceses, los hubieron personajes importantes y ellos fueron gente que parece que tuvieron mucho dinero, vinieron a Haití, estuvieron en Haití, eran colonos en Haití. Cuando la revolución en Haití tuvieron que emigrar e irse de Haití. Parece que la familia le persigue las cuestiones de los procesos revolucionarios y tuvieron que migrar y se regaron por aquí por Cuba, por Oriente, por Cienfuegos, Cárdenas y algunos fueron a parar hasta por Estados Unidos. Y por allá por Nueva Orleans está enterrado mi bisabuelo o mi tatarabuelo que se llamaba don Jorge Víctor Pelletier Peché. Ese era mi tatarabuelo, Jorge Víctor Pelletier y Peché. Bueno, no vamos a seguir abundando sobre la historia familiar, que no es la que viene al caso. Pero bueno, hay que decir estas pequeñas cosas como una introducción para aclarar mis apellido. Entonces mi apellido aparece correcto cuando se escribe en la prensa como Yanez, en Y terminado e Z, y Pelletier.

¿A qué me dedicaba antes de entrar en el ejército?

Pues, antes de entrar en el ejército, estaba estudiando en la Universidad de La Habana. Esas eran mis actividades, estudiar en la Universidad de La Habana. Ingresé en el ejército porque conocí, estando en la universidad, a una joven que era la hija de un general, del general Gregorio Querejeta, y dada la situación que teníamos los estudiantes, muchos estudiantes en esa época, pues, me ofrecieron la oportunidad de ingresar en el ejército, en la Escuela de Cadetes, y me presenté a exámenes. Fui y me presenté en la Escuela de Cadetes con un grupo de jóvenes, que muchos estaban en la universidad y ingresamos allí y después de tres años de estudio en la Escuela de Cadetes no graduamos de segundo teniente. Mientras estuve estudiando en el último año de mi carrera, contraí matrimonio con la hija del general Querejeta y de ese matrimonio tuvimos un hijo que se llama Jesús, como mi padre y Gregorio, como su abuelo, Jesus Gregorio, que es ingeniero químico industrial. Obtuve el grado de teniente cuando me gradué, que ya salí con plaza, no como se salía, muchos que salían supernumerario, y yo salí con plaza, porque habían plazas de teniente, y obtuve el grado de teniente, y nos graduamos en el mes de julio del año 1946. Fui destinado a la batería de montaña de Columbia donde hice casi toda mi carrera militar.

nombre?

Cuando el 10 de marzo yo me encontraba asignado en ese momento en el campamento de Columbia le llamaban Columbia, y era segundo teniente, y estaba en la, ya no estaba en la batería de montaña, en ese momento estaba en el batallón de armas auxiliares donde era capitán Enrique Borbonet y Gómez. Y estábamos encargados, tanto Borbonet como yo, de la cuestión de los deportes en el Regimiento Seis, que era el regimiento ese. Cuando se produjo el golpe del 10 de marzo, ya mi plaza de primer teniente estaba lista, ya yo me correspondía ascender porque días antes me había encontrado en el stadium de pelota con el general Quirino Díaz, y el general me había dicho que ya en cualquier momento bajaría la resolución en la que me designaba primer teniente, porque ya me correspondía. Pero en eso se produjo el golpe del 10 de marzo y ascendí ya, porque ya me correspondía, y porque casi muchos oficiales ascendieron. El 10 de marzo por diversas incidencias no me consideraron confiable en el campamento de Columbia donde estábamos, y entonces me designaron, me mandaron a presentarme en Las Villas, presentarme en Las Villas, así sin papeles, ni más nada. A muchos oficiales le hicieron eso y cuando llegaron al lugar se encontraron que lo que estaban era sacados del ejército. Pero cuando yo salía ya a presentarme en La Villas, me encontré con el doctor Miguel Angel Céspedes, cuya familia y nuestra familia eran amigas. Me encontré y me vió y me invitó a subir a su automóvil y me dijo que para dónde yo iba, le digo que para mi casa. "Me alegro verlo porque me han ordenado, el general Batista me ha ordenado que nombre un ayudante militar, y he pensado en usted." Dije, bueno, a mi me acaban de mandar que me vaya a presentar a Las Villas. Entonces me dijo, "no, no vaya nada no se presente en Las Villas que yo hablaré con el jefe del ejército y le diré que yo lo he designado mi ayudante, así es que quedese aquí." Bueno, y por esa razón me quedé allí y fui designado ayudante del Ministro de Justicia. Como tal participé en muchos acontecimientos de los que ocurrieron en aquellos días después del golpe del 10 de marzo pero que no vienen al caso, pero son motivos para otra conversación. Bueno, después que quitaron a Céspedes como ministro, me asignaron a mí al cuartel Moncada. No, al cuartel Moncada no, me asignaron mas bien a Baracoa, me mandaron para Baracoa. Estando en Baracoa conocí, que yo no lo conocía, al coronel Alberto del Río Chaviano, y entonces me dijo, "Te voy a sacar de aquí y te voy a mandar para La Maya." Y entonces me sacó de Baracoa y me mandó para La Maya. Y estando en La Maya fue que se produjo el golpe, el asalto del cuartel Moncada.

Yo vivía, cuando el asalto del cuartel Moncada, yo vivía en el propio cuartel de La Maya y entonces después me habían mandado a la prisión de Boniato como supervisor de la prisión de Boniato. Fui nombrado supervisor porque allí se producían muchos problemas de índole económico, político-económico, porque los jefes que estaban allí parece que no llevaban muy bien aquello y se producían plantas y problemas con los presos. Resolvimos aquello y estábamos allí el 26 de julio de 1953.

Me encontraba la madrugada del 26 de julio de 1953 en mi dormitorio de la propia prisión de Boniato, porque ahí a la entrada de la prisión vivía el director y allí había un lugar donde el supervisor podía vivir, y yo vivía allí. Allí me enteré del asalto porque vino uno de los oficiales de la prisión y me comentó y me enseñó una gorra militar y un fusil 22. Me dijo esto, con estas armas están peleando los soldados contra los soldados en Santiago de Cuba. Me vestí rápidamente, pasé por la oficina y hice algo que me salvó la vida en ese momento, porque recogí en vez de, tenía allí en la sombrerera de la oficina, tenía el casco militar de acero, tenía un sombrero, y tenía un kepis. Y por facilidad, o por lo que fuera, o por destino, cogí el kepis, y me puse el kepis, que me salvó la vida. Porque cuando después llegué al hospital militar, desde el hospital militar, donde estaban, por donde habían entrado los asaltantes, no por el hospital sino por la posta cercana al hospital, me vieron llegar en un jeep, y le tiraban a todo el mundo, que ya me habían advertido eso, y me tiraron. Pero me reconoció un oficial que estaba allí que se llamaba Carrillito, porque el también usaba kepis, me dijo, "No, no tiren, que es Pelletier." Y por esa razón, pues, dije que el kepis me salvó la vida. Bueno, volvamos a la cosa. Yo salgo del cuartel, cuando llego al Alto de Quintero, que es la parte de la salida de Santiago, me encuentro en un jeep al Comandante Alvarez de la Noval, que no era de Santiago, que pertenecía a Holguín, y me dice, "Para donde tu vas." Digo, voy a bajar a Santiago. Dice: "No bajes, porque a todos los que van vestidos de uniforme le tiran." Entonces, yo dije, "Pero yo tengo mi obligación de ir a ver que está pasando". Entonces bajé en el jeep y por eso fue que me tiraron del cuartel porque me tiraban los soldados, me tiraron los soldados que estaban en el Hospital Militar. Me tiró un tal Agüero, después supe que había sido él el que me tiró. Pero bueno, no pasó nada. Entré al cuartel y vi los primeros muertos. Encontré los primeros muertos. En las fotografías, que se ven ahí los muertos a la entrada del cuartel, en la entrada de la escalera que sube hacia, esa escalera que se ve en la fotografía es la escalera que subía hacia donde estaba la sala de justicia y la barbería. Y allí en la barbería vi al primer muerto de cerca que fue a Renato Guitart, y supe después que era Renato Guitart por la mancha que el tenía en la cara, una mancha de esa de sangre, que le llaman la gente, de la luna. Y lo vi allí, que estaba peleando allí, porque al lado de él había una cajita de balas 22 y un rifle. Otro más en la barbería, otro más, otro más, y así pude ver seis o siete asaltantes muertos. Salí de allí después que hablé con el ayudante, me comuniqué con el Ministro de Gobernación, que era el doctor Ramón Hermida y Antocha, y con el doctor Hermida hablé, le conté lo que estaba pasando, le dije la situación que en la prisión no pasaba nada, que esa es la dependencia de él. Que no pasaba nada, que ya estaba tranquilo todo aquello allí. Le conté los muertos que había visto, quienes había visto. Me dijo su número de teléfono personal, me dijo, "Llámame, comunícame lo que sepas más tarde, lo que veas más tarde que yo voy a ponerme en contacto con el presidente para contarle lo que está pasando." Y regresé de nuevo al cuartel y allí en el cuartel había un prisionero que se llamaba Osvaldo Socarrás y Martínez, que estaba siendo interrogado por el teniente coronel Rosell. Me incorporé al interrogatorio porque yo pertenecía allí a Santiago y sabía como eran las cosas allí, los lugares y demás, y entonces, de acuerdo con lo que él nos decía o nos dijo, había salido de un lugar

con quién vivía?

cercano a Siboney. Entonces Rosel me recomendó que lo llevara al lugar donde él nos decía, y así salimos en el jeep y fuimos al lugar y estuvimos en la granjita. El regresó a la granjita vivo, tomó agua, que me pidió agua allí, tomó agua, regresó conmigo de nuevo al cuartel, y cuando estaba en el cuartel llegó el comandante Andrés Pérez Chaumont con un sargento. Le pidió al sargento que se llevara el prisionero y cuando pasó por al lado del prisionero, el prisionero pasó por al lado de él, le hizo seña al sargento con el dedo de que le cortara la cabeza. O sea, que lo liquidara y cuando tratamos de intervenir el teniente coronel Rosel y yo sobre el problema, me dijo a mí que no me pusiera con sentimentalismos, y el pobre muchacho fue asesinado porque lo ví después más tarde entre los muertos cerca del antiguo edificio donde radicaba allí en el cuartel el puesto del Servicio de Inteligencia Militar.

Sobre que algunos militares le han dicho que asesinaron a un grupo de revolucionarios que fueron capturados en el hospital, en el campo de tiro del cuartel Moncada. No era exactamente el campo de tiro del cuartel Moncada. Era un area donde, que había detrás de las oficinas del cuartel, donde se practicaba tiro y le llamaban campo de tiro a eso, que no era tal campo de tiro. Un lugar donde se probaban armas y demás. Y allí mataron a muchos muchachos pero no exactamente a los del hospital civil. Mataron a todos, a cualquiera. Posiblemente Socarrás lo mataron allí mismo también y a otros más los mataron por allí.

Sobre la participación en esas ejecuciones de los tenientes Gamboa, Alarcón, Barquet, Rico Bodué y demás, debo decirle que a mí no me consta que ellos participaran en esos hechos. Pero tampoco me sorprendería que hubieran participado algunos de ellos porque muchos de ellos participaron en esas matanzas que se produjeron posteriormente. Esos que aparecieron muertos, que entraron vivos en el cuartel, como es el caso de José Luis Tasende, Abel, y otros más, pues, los mataron alguien. Posiblemente esos oficiales tuvieron alguna participación en eso cuando sus nombres se barajan en eso. Porque ni el mío, que yo estaba allí, jamás se barajó entre los que asesinaron. Y yo creo que sí, posiblemente esos, Morejón, en fin, un grupo. Había un grupito allí que era capaz de cualquier cosa, entiende. El propio Machado Rofé, en fin.

Ahora me pregunta usted aquí, que puedo decirle del sargento Eulalio González Amador, también conocido como "El Mulo." "El Mulo" era un guajirón grande, noblote, que al día siguiente del asalto al cuartel Moncada, me llevó a la casa. Era amigo de un amigo mío y le dijo a mi amigo, que él lo que le dolía era que los asaltantes le habían roto la cuna, un balazo había entrado en la cuna donde dormía la niña de él y el refrigerador. Pero sobre su participación o no en los asesinatos, ya le digo, no tengo conocimiento de esas cosas y no me gusta, si no tengo conocimiento. Yo lo conocí y sé que era un guajirón brutón, grande, noblote, que le encantaban los gallos, y que posiblemente, quizás, tuvo alguna participación en eso.

Me dice usted aquí que el magistrado Adolfo Nieto, que tuve el honor de conocer, le dijo que después del Moncada, después del ataque, el estuvo en el cuartel Moncada para buscar un salvoconducto para un dirigente político que necesitaba entregarse, o que deseaba entregarse. Y que Chaviano me designó a mí y a otras dos personas para buscar al que quería entregarse. Yo no recuerdo el nombre de esa persona que se entregó. Ni recuerdo tampoco este incidente. Tengo buena memoria, pero no

recuerdo eso. Yo se que yo estuve en casa de Casero con el doctor Baez, pero ya Casero estaba detenido y fui más bien no a buscar los salvoconducto a nadie, sino más bien a ver a la señora de Casero para decirle que Casero estaba bien y que podía visitarlo cuando quisiera. De ese hecho si recuerdo, pero otra cosa no recuerdo sobre eso.

No tuvo ninguna participación yo en la búsqueda de los rebeldes. Yo no sali a buscar rebeldes. Allí se mandaban patrullas y una de ellas tuvo la suerte para Fidel que fue la que lo encontrara a Fidel. Porque habían otras patrullas que si lo hubieran encontrado, Fidel no hubiera regresado. Pero bueno, la patrulla que encontró a Fidel fue la patrulla del teniente Sarría. Pedro Sarría Tartabul, fue la que encontró a Fidel. Bueno, vamos a parar un momento para ver como está la grabación.

Uno, dos, tres, probando. Decía que salieron varias patrullas a buscar a Fidel después del asalto. Tuvo la suerte de ser encontrado por la patrulla que dirigía aquel caballero que fue el teniente Pedro Sarría Tartabul. Mi amigo, y que de su propia voz, en conversaciones con él, ya en vísperas de morir, allí en el hospital Calixto García, me contó como detuvo él a Fidel, como lo encontró, lo que le dijo, y las frases que se le atribuyen a él, que sí se las dijo a los soldados que lo acompañaban, de que las ideas no se matan. Hay un libro escrito sobre eso, de cuyo libro yo he dado, di bastantes testimonios, ciertos todos. Ya le digo, desprovisto de todo matiz partidario, político o, sobre todo, de pasión, en lo que se cabe.

Dice usted que si es cierto que después que Castro es detenido, es llevado al vivac de Santiago de Cuba y es conducido a la prision de Boniato. Si, esa fue una de las cosas que le achacaron a Sarría y que le trajo como consecuencia posteriores, consecuencias posteriores, castigos, traslados para los lugares y, vaya, problemas, en una palabra. Porque, en vez de llevarlo al cuartel, donde lo hubieran asesinado, pues, Sarría lo llevó a las autoridades civiles. Lo llevó al vivac de Santiago de Cuba, y allí en el vivac lo puso a disposición de las autoridades civiles. Allí vi por primera vez yo, después del asalto, a Fidel, vi a Almeida, vi a Montano, vi a Mario Chanes, que estaba sentado en el extremo, en una punta del banco estaba sentado Fidel y en la otra punta estaba sentado Mario. Y por el medio habían otros cuantos más, estaba Pepe Suárez, estaba Oscar Alcalde, habían otros cuantos mas. Y allí lo vi yo por primera vez, que entré, y en ese momento estaba Chaviano interrogando a Fidel con una grabadora frente, una grabadora grande que tenía, una grabadora que era marca Revere. Nunca se me olvida aquella grabadora, porque después voy a contar algo más que pasó con esa grabadora. Y estaba Chaviano, estaba el comandante Asa de la policía, estaba, bueno, hay varios ahí en la fotografia, y estaba Sarría también ahí. Y yo me asomé por la puertecita y vi a Fidel. Entonces allí fue cuando salió el teniente Machado Rofe, y el teniente Machado Rofe me dijo, "Oyeme, has visto...." (Termina la cinta)

(Falta el principio) ...de medicina, consigue un veneno, o un polvo, cualquier cosa, échasele a la comida, y después vamos a comunicar que ha sido capturado y que está enfermo. Así que, ocupate de eso tú. Eso me lo dijo en presencia del teniente Chaple, que era el ayudante de la prisión, de Eduardo Fallada, que anda por allá por Miami, que era soldado a las órdenes mías, y mi ordenanza, y delante de un jovencito que está por acá, que se llamaba o se llama David Hernandez, que era un muchacho que yo estaba protegiendo y que yo lo criaba prácticamente se dice. Un jovencito que

conocí en Baracoa, quiso regresar conmigo para Santiago, lo traje, era una familia muy humilde, y lo hice un hombre porque lo puse en la Escuela Técnica de Holguín, y allí estudió electrónica y allí se graduó, y allí se hizo un muchacho de bien. Que de otra manera sabe Dios que hubiera sido de la vida de él. Pero bueno, volvamos a la cosa esta de que Fidel lo llevé yo en el automóvil mío junto con el Comandante Morales, que dirigió el traslado de Fidel del vivac para la cárcel de Boniato. En ese automovil fuimos para allá para Boniato. Era un automovil grande, porque el carro que yo tenía era un Buick del año 1950, chapa 172470. Por ahí está en un libro el carro retratado y la chapa. Y en ese carro Buick Super del año cincuenta llevé a Fidel yo para la prisión. Ibamos sentados de esta forma, en el asiento delantero, manejando yo, que Morales me recomendó que me cambiara de posición la pistola y me la pusiera para el lado de la izquierda porque teniéndola en el lugar normal, en la derecha, estaba al alcance de la mano de Fidel. Ibamos sentados de esta manera: Manejando yo, al lado mío Fidel, en el asiento de la parte de afuera del carro, en el asiento delantero, veníamos así: El comandante Morales, a la derecha de Fidel, y Fidel, a la derecha mía. En el asiento trasero venían tres mujeres Melba Hernandez, Haydee Santamaria, Sara Cuesta, y los dos hijos del comandante Morales, en el asiento trasero. Como todos eran muchachos jóvenes, y ellas eran unas muchachas delgaditas, pues, ellas se sentaron las tres en el carro, y los dos hijos de Morales en la punta de los asientos, con las ventanillas abiertas y mirando hacia afuera. Eran las únicas personas que montaron en el carro y montaron los hijos de Morales, porque Morales no quiso que montaran otra gente y dijo, "no, mis hijos, para ir custodiar a las muchachas. En el momento que fuimos a montar el carro, Morales, que era, o es un caballero también, le dijo a Fidel: "pase usted, doctor." Y Fidel pasó a sentarse él y después Morales, y ya yo estaba en el carro y entonces así salimos con el carro mío a la cabeza, un jeep y unos omnibus de la prisión para trasladar a todos los presos para la prision de Boniato. Y eso fue como a las seis y pico de la tarde del día primero de agosto de 1953. Por la mañana había sido detenido Fidel y por la tarde estaba siedo trasladado para allí. Durante todo el trayecto, Castro, si es cierto eso, se mantuvo callado. El no habló nada todo el tiempo estuvo callado despues de la frase de Morales, "Pase usted, doctor," y él, "gracias," entró y se sentó, pues, ya no habló más nada. Y volvió a hablar ya conmigo cuando ya estábamos dentro de la prisión y fue para pedirme un favor.

Me dijo entonces, "Yanez, quiero que me hagas el favor," nosotros nos conocíamos, nos habíamos conocido en la universidad. Nos habíamos conocido en el stadium del Cerro donde él concurría al palco que tenía el doctor Rubén Acosta, donde yo me sentaba también con los hermanos Aguila, con Luis Ruisánchez, con Enrique Cabré, un grupo que íbamos a ese palco, y Fidel también. Alguna vez fue el doctor Antonio de Varona también. Tony Varona también iba a ese palco y se sentaba allí. Arturo Hernández Tellaheche también iba a ese palco y se sentaba allí. Y nosotros en broma decíamos que ese era un palco presidencial porque en esa época aspiraba a presidente Tony, aspiraba a presidente Arturo Hernández Tellaheche, y las cosas del destino, Fidel, que no aspiraba ni figuraba en la lista de ningún posible candidato, fue el que vino a ser presidente. Así es que el palco providencialmente fue un palco presidencial. ¿Por qué decía esto yo? Ah, bueno, porque bueno, de donde conocí. Desde, cuando usted fue designado supervisor, por el militar de la cárcel de Boniato.

Yo fui designado supervisor como en el mes de mayo, no, mayo no, junio, quizás mayo o junio del año cincuenta y tres, de designado supervisor. Ya le dije anteriormente, por los problemas que se

sucitaban allí que después que yo asumí, no se produjo más ningún problema de ese tipo. Porque la comida de los presos era para los presos. Y la carne era para los presos. Y lo que era de los presos era para los presos. Sencillamente, yo tomé esas precauciones de que no pasaran esas cosas, y no tuve problemas en ese sentido.

Por lo tanto, me dice usted aquí que si alguno de los presos de la Causa 37 fue maltratado en la cárcel de Boniato. ¡Señor! ¡señor! Yo le puedo decir a usted una cosa: ningún preso allí fue maltratado. No es porque no, alguien no quisiera hacerlo, quizás, sino porque yo no lo hubiera permitido. Porque para mí la vida de un preso era sagrada y me dieron la orden de liquidar a Fidel, y no lo liquidé. Y todos los presos que pasaron por allí por la cárcel pueden dar fe de esto y tengo hasta un recorte, o tenía por ahí un recorte de un periódico de Santiago de Cuba, que hablaba de un preso que se llamaba Radamés Heredia, que cuando salió puso una nota de agradecimiento a mí, porque estuvo preso no por esa causa, sino por otra causa estudiantil, de algo que paso, y entonces él puso una nota aclaratoria sobre mi actuación en la prisión, y muy encomiastical sobre mi persona, que bueno, no me gusta hablar de esas cosas, pero eso salió publicado. Por eso le puedo asegurar que en la prisión no se maltrató jamás a un prisionero. Jamás. Yo sí puedo decirlo. Sin embargo, la vida me enseñó que en las prisiones de Castro si han maltratado a los prisioneros. Yo mismo tengo una huella en un costado de un bayonetazo que recibí estando en la prisión de Isla de Pinos cuando el famosísimo Plan Camilo Cienfuegos, que Camilo se hubiera avergonzado de que se hubiera usado, o de que estuvieran usando su nombre para maltratar y vejar presos bajo el nombre de Plan Camilo Cienfuegos. Bueno, volvamos a la misma cosa. Así que ya queda aclarado que en la prisión no se maltrató, mía, en la cárcel de Boniato, no se maltrató a un prisionero, ni jamás ningún prisionero pudo quejarse de ninguna de esas cosas.

El teniente Angel Machado Rofe le dijo a usted que él me pidió a mí echarle en la comida a Fidel, y que fue idea de él, y no de Chaviano. Sin embargo, cuando él me lo dijo, él no tenía autoridad para decirme ninguna cosa a mí, porque él era un teniente que estaba por debajo de mí. El era un segundo teniente y yo era un primer teniente. El no tenía derecho a darme ninguna orden a mí ni a sugerirme ninguna cosa. Vino y me lo dijo así. Quizás hoy, pasado el tiempo, y por circunstancias de protagonismo o de publicidad, quiera decir que él fue el que ordenó envenenar a Fidel. No, él no lo ordenó. Eso lo, la orden me, él la sacó y me lo dijo después de hablar con el coronel, que el coronel estaba muy disgustado por lo que había hecho, textual, "por lo que había hecho el negro Sarría" así mismo me dijo, el coronel estaba muy disgustado por eso, y por esa razón me pedía que yo resolviera el problema ese envenenando a Fidel, metiéndolo en una bartolina, echándole sal en grano en el piso, en fin todas esas cosas me lo pidió el propio Angel Machado Rofe. El no tenía porque hacerlo. Si me lo hubiera dicho Chaviano, tampoco lo hubiera hecho. Me lo dijo él. Dice él que me lo dijo él por su propia voluntad, no lo iba a hacer yo, y mucho menos si me lo dijo Chaviano. No me podía decir nadie eso en una palabra. Yo le he dicho a muchos periodistas y mucha gente que después en el transcurso de estos años que me han interrogado, que mi defensa de los derechos humanos no viene después de ahora, en esta lucha contra Castro, sino mi defensa de los derechos humanos arranca allá por lo años cincuenta y tres, cuando precisamente me dieron la orden de envenenar a Castro, de maltratar a otro, cuando saqué de un grupo de cadáveres donde estaba amarrado vivo todavía Pedro Miret, que lo saqué, que él siempre me agradeció eso, que yo le había salvado la vida. Esa era mi

defensa de los derechos humanos porque yo no tenía conocimiento, mirándolo bien desde el ángulo ese, yo no tenía conocimiento de la Carta de las Naciones Unidas sobre Derechos Humanos, y vine a tener conocimiento de eso después, porque cuando aquello en el año cincuenta y tres, a cinco años que se hacía que se había suscrito esa carta, había muy poca publicidad sobre ella. Ahora es cuando hay verdadera publicidad sobre la Carta de Derechos Universales. Y cuando aquello, pues, no se mencionaba aquello, y yo no tenía conocimiento de aquello. Yo actuaba por intuición de respeto a la vida humana, que para mí siempre ha sido. Nunca maltraté a nadie. Tengo pruebas de eso. Una carta que le mandé a mi madre después que me expulsaron del ejército, donde digo que lo que nos habían enseñado ella y papá a mí, yo lo puse en práctica, y que me dieron órdenes de hacer cosas que ellos no me habían enseñado, y por lo tanto, no lo hice. Y por eso Fidel salvó su vida, por mis convicciones, por mi honorabilidad. Así que, sobre este problema que dice Machado Rofe, pues, puedo decirle así, que la persona que me pidió el envenenamiento ese fue él, me lo transmitió él, de orden de Chaviano. Y esa conversación se produjo la mañana del primero de agosto de 1953. Ya le dije las personas que estaban presente. Ya le dije que cuando salimos del carro no hablamos una palabra nadie. Cuando nos montamos en mi carro y regresamos para la prisión. Y ya cuando estábamos entrando en la prisión de Boniato, es que el soldado Eduardo Fallada, que también era un muchacho grande, guajiro, grande, corpulento, muy buena gente, al que yo quiero mucho y siempre lo he recordado con mucho cariño, por si él lee esta cosa, se lo sepa, que siempre lo recordaré con mucho cariño, me dijo, "Teniente, ¿usted vió la enormidad que le dijeron?" Y yo le dije entonces a todos los que venían en el carro, que eran él, Fallada, venía Chaple, venía, Chaple no se llamaba Chaple, le decían Chaple, pero era de apellido Durán, el teniente Durán, venía Chaple, Durán, y venía David Hernández, y dice, "Bueno, de esto no digan ni una palabra, porque yo tomaré todas las previsiones para que no suceda ninguna de estas cosas." Y las tomé.

Represalia que hubo contra mí, que es otra pregunta que me hace usted, por negarme a envenenar a Castro, pues, fue muy sencilla. Sencillamente me expulsaron del ejército por alta conveniencia del servicio, me mandaron a entregar el mando al teniente Rosabal, y entonces, pues, me expulsaron del ejército. Esa fue la represalia, me expulsaron del ejército.

Pregunta usted también, por qué no buscaron a otro después para que lo hiciera. Ya no podían hacerlo, porque ya había una persona que sabía eso. Ya había una persona que lo sabía, y entonces no buscaron a mas nadie. Porque yo estoy seguro que si él hubiera buscado cualquiera de los que estaba allí, el mismo Rosabal, o cualquiera de los otros que estuvieron allí, que podía haberlo hecho, me entiende, pero ya se sabía. Ya era una cosa que estaba pregonada y es muy difícil hacer esas cosas.

Aquí me dice usted que el cabo Norberto Batista Seguí le indicó que había racismo en el ejército. ¿Cuál es mi opinión? Bueno, la opinión mía es que en un ejército, el ejército quizás, ahí Norberto Batista Seguí habla de el racismo que existía en el ejército. Quizás hubiera un poco de discriminación, pero en un ejército donde habían generales negros, porque Querejeta era negro, Arnaldo era también un mulato, y habían oficiales de mayor, y teniente coroneles y coroneles con distintos grados. Lo que sí, efectivamente, había cierta discriminación, eso es cierto. Porque, por ejemplo, el Club de Oficiales que se supone que un Club de Oficiales de un ejército es para todos los oficiales, no puede ser para un oficial de un tipo y oficial de otro tipo, y menos un país mestizo, como es el país cubano, pues,

habían problemas discriminatorios de ese tipo. El Club de Oficiales no habían oficiales de color. Los oficiales de color no iban ahí. Esas primeras cosas las sentí yo, las resentí yo, cuando nos graduamos, que nos llevaron a tomarnos juramentos, que se toma juramento a los cadetes recién graduados que ya son tenientes, y entonces cuando acabamos, el secretario del Tribunal dijo que no se vayan, o mejor dicho, que no tienen que quedarse fulano, fulano y fulano, y mencionó a los tres cadetes que éramos de tez oscura, que eran Isidro Martínez Santana, Miguel Pérez Bayana, y yo. Porque los de tez más clara, que habían algunos de tez más clarita, esos iban a ser admitidos iban a ser admitidos para ser socios del Club de Oficiales. Pero bueno, a nosotros no nos preocupaba mucho esas cosas, no, no, sabíamos que podíamos en un momento determinado ser coroneles o ser teniente coroneles, o mayores, lo que fuera. Comandante, como le llamaban entonces. Pero bueno, pasó, y eso pasó así. Si Norberto Batista Seguí dice eso, él quizás lo resintiera más, porque él estaba en unos escalones más bajos, que era el escalón de cabo del ejército. Puede ser que lo sufriera.

Dice que Norberto Batista dice también que había mucha corrupción en el ejército y que Río Chaviano recibía pago de los boliteros. Toda esa serie de cosas se comentaba. Yo sé que se hacía, esto, y que en los distintos clubs, en los distintos prostíbulos, todas esas cosas. Chaviano era un corrupto. Era un corrupto. Si está vivo le diría todavía, eres un corrupto. Fuistes un corrupto en el ejército. Era un corrupto. Era un corrupto en su vida privada, y es posible tanto él, como el teniente Lavastida, como el teniente Rico, todos ellos eran unos corruptos, y es muy posible que, consiguieran, que estuvieran cogiendo dinero en los casinos, en los clubs, en los garitos. Es muy posible que todos ellos estuvieran haciendo esas cosas, que no me hubiera sorprendido a mi ninguna de esas cosas. Pero yo sé que esas cosas se hacían. Porque yo después, ya yo expulsado del ejército, un día me encontré con un muchacho que fusilaron después del triunfo de la revolución, que ahora en este momento no me acuerdo del nombre de él, bueno, que estaba al frente de un grupo que salía a cobrar en los casinos y demás, y con eso se ganaba un... Caso Pérez. Caso era el nombre del muchacho. A Caso yo me encontré y le dije, "Caso, hoy te están usando y te están dando dinero porque tú vas y cobras y te metes en estas cosas. Mañana te van a usar para otra cosa, y no vas a poderte negar porque te han dado dinero." Y entonces dijo, "No, que va, teniente, yo cuando eso pase me voy." Bueno, hazlo tú, piensa lo que te estoy diciendo y actúa en consecuencia. Y entonces Caso después, en el año cincuenta y nueve lo ví, lo volví a ver el día que lo fusilaron a él y a Despaigne. Eso es otra historia.

Cuando me expulsan del ejército a mí, los cargos que me aplicaron fueron esos de incumplimiento de órdenes, órdenes que eran ilegales por completo, y por eso me dan de baja, por alta conveniencia del servicio. No me mandaron a ninguna prisión. Ahí hay un error. Yo no cumplí nada en prisión y yo no salí con la amnistía del 55 porque yo no estuve preso en eso. A mí en ningún momento me metieron preso. Si estuve detenido muchas veces en Santiago de Cuba. Cada vez que me veían me detenían, porque Chaviano no me quería que yo volviera a Santiago de Cuba. Y por esa razón me detenían. Persecuciones sufrí. Acoso, persecuciones, ni cumplí en el presidio, ni salí en la amnistía del cincuenta y cinco. Nada de eso tuvo que ver conmigo. Yo fui al exilio después, a finales del año cincuenta y cinco si me fui porque ya la presión contra mí era muy grande, estaban empezando a matar gente en Santiago y demás, y entonces, pues, me fui al exilio a los Estados Unidos. Viví en Nueva York y en Miami un tiempo.

Mi participación en el Movimiento 26 de Julio. Bueno, sí, en Estados Unidos estaba encargado de la compra de armas, de la búsqueda y compra de armas. Conseguíamos armas, las comprábamos, las preparábamos y entonces en unión de Léster Rodríguez, Jorge Sotús Romero, de Sergio Sanjenis, íbamos por los lugares y conseguíamos armas, y después que las conseguíamos las preparábamos y las mandábamos para acá para la lucha que se empezaba a iniciar, que se estaba iniciando en la Sierra Maestra. Pedro Miret también participaba desde México. Gustavo Arcos participaba también desde México en la búsqueda, en la compra de eso. Yo fui a México una o dos veces para esas cuestiones. Esa fue nuestra participación en el Movimiento 26 de Julio hasta el triunfo del movimiento en enero del cincuenta y nueve.

Ahora aquí viene una pregunta que usted me hace, y me dice, las diferentes y contradictorias versiones, su relación que tuvo conmigo una joven que se llama, o se llamaba, Marita Lorenz, que dice ella que yo viajé a New York en el año sesenta, para darle un dinero de Castro para callarla, y que me quedé con parte de ese dinero. Y que usted, bajo órdenes de Castro, la obligué a realizarse un aborto y que más tarde, en marzo del sesenta, usted y otra persona trataron de secuestrarla frente a su casa en Nueva York, y que por esa razón a mí me expulsaron de los Estados Unidos. Y que otras personas dicen que yo tuve amoríos con ella, y cual fue mi relación con ella, y lo cierto de todo esto. Mi querido amigo e historiador. Hay cosas en las historias que algunos protagonistas las manejan a su antojo y como le da la gana. A esta muchacha Lorenz sí la conocí, sí la ví, la ví en La Habana, la ví aquí en el Habana Libre donde ella estuvo hospedada. Desconozco lo del aborto, que se le obligara a abortar. Desconozco la relación que ella tuvo con Castro. Desconozco la relación que tuvo conmigo, porque no la tuve, y desconozco toda esa novela que ella ha tejido alrededor de su relación con Castro, conmigo, o su conocimiento con Castro o conmigo. Puedo decirle a usted, que de esos casos se encuentran uno muchos, ahí prensa que se presta para todas esas cosas. Hubo una revista que me dijeron, que alguien me dijo que había visto hace años, que se llamaba Confidencial, que se dedicaba a esas cosas. Y cuando yo fui a ver sobre esa revista un día a un famoso comentarista que tenía un programa parecido al de Ed Sullivan, pero no era Ed Sullivan, sino otro programa que no me acuerdo ahora como se llamaba él [¿Jack Paar?], este señor abrió la gaveta de su buró, sacó una revista de aquellas, y me dijo, mire, esa revista, tenía varias, me dijo, mire, esto es todo infundio y prensa de la peor calidad, contra fulano, contra Jackie Robinson, contra fulano, contra el presidente tal, contra el otro, y dice, y yo, en mi programa, y tenía un programa de costa a costa en Estados Unidos, me dijo, yo en mi programa, para su tranquilidad le voy a decir esto, yo no digo ni siquiera la palabra, la sílaba con, para que ellos no vayan a pensar que voy a decir Confidencial. Por lo tanto, no le haga caso a esta revista, porque esta es una revista de que tira en todos los Estados Unidos alrededor de cien mil ejemplares y esa revista la lee la escoria de este país, es lo que leen esa revista. Así que no le preste importancia a lo que diga esa revista, porque esa revista de cualquier pequeño incidente crean un gran escándalo. Y a todas las personas importantes en el mundo la han mezclado en toda esa serie de cosas. Así que dígame a Castro que se despreocupe de eso. Y, por supuesto, nunca me ocupé más de ese asunto, ni sé que rumbo tomó la vida de esa muchacha, la vida de esa muchacha Marita Lorenz. Que después me enteré, después en aquella época me enteré, que había tenido un affair amoroso también con Pérez Jiménez, y que le había presentado también una querrela a Pérez Jiménez, y que le había exigido a Pérez Jiménez equis millones de pesos por una hija que tuvo con Pérez Jiménez. En fin, un lío de esos. Pero bueno, yo no, ya le digo, habían cosas más importantes

en Cuba de que ocuparse, de que ponerse a pensar en Marita Lorenz.

Ahora, la última pregunta que me hace usted aquí, por qué fue usted arrestado el 27 de abril de 1960. No fui arrestado el 27 de abril del año sesenta. Fui arrestado el 10 de abril de 1960. No se me acusó de nada en aquel momento. Sensillamente me dijeron, me hicieron una cosa, yo llegué al aeropuerto a recoger a una cuñada mía que regresaba de Estados Unidos, que vive en Estados Unidos hoy, y en el momento que llegué vino a verme el jefe del aeropuerto que me dijo, "Yanez, quieren verte en quinta y catorce," que era donde radicaba entonces la oficina de la Seguridad del Estado, y dije, "Está bién, cuando deje a mi cuñada voy allá." Y así lo hicimos, cuando terminó, dejé a mi cuñada en la casa de mi madre, fui allí a quinta y catorce, y entonces me dijeron quédate aquí, espérate un momento, que van a venir a verte, y entonces allí, más tarde vinieron, me recogieron, me quitaron las identificaciones, y me llevaron al edificio vacío del antiguo SIM, allá en el hospital militar, ahí me tuvieron un mes, hasta que me descubrió mi hijo Pepe, que acaba de morir ahora en los Estados Unidos, y cuando se metió allí con motocicleta, y todo el mundo en el edificio aquel formó un escándalo allí, entonces me sacaron de allí y me llevaron para quinta y catorce de nuevo. Y entonces en quinta y catorce me tuvieron allí hasta que intenté de fugarme en junio del año sesenta mismo, intenté fugarme, entonces fue la última vez en mi vida que ví, bueno, la penúltima, la última vez en mi vida que ví a Castro, que fue a verme cuando se enteró que yo había intentado de fugarme, entonces me acusó de traidor, y le dije que yo no era el traidor, que el único que no era traidor en ese cuarto era yo, y la historia me dió la razón, porque después estaban en ese cuarto él, estaba Colomé Ibarra, estaba Piñeiro, estaba Abrahantes, estaba Ramiro Valdés, de ellos el único que queda es Colomé Ibarra y Fidel. Yo estoy aquí, y eso es la...